

ENRIQUE CUENCA

Branta  
3,00

R-10217 A  
**MATA-HARI**



Postada de COLL.



**EDICIONES G. P. BARCELONA**

**Del mismo autor:**

**N.º 4 Leonardo de Vinci**

**N.º 22 Cleopatra**

**N.º 27 El siniestro doctor Crippen**

Todos los pedidos de números atrasados sufrirán un aumento de 2 pesetas para gastos de envío, tanto si se trata de un solo ejemplar como de varios.

**No se sirven contra reembolso**

**Impreso en España Printed in Spain**

**GRAF. GUADA, S.R.C. Rosellón, 24. Barna**

*La más segura de las co-  
quetterías es la inocencia.*  
LAMARTINE

El nombre de Mata-Hari es todo un poema simbólico. «Ojo de la Mañana», «Hija del Alba»; éste es su significado. Con él fué conocida Margarita Gertrudis Zelle, súbdita holandesa y bailarina de fama mundial, nacida el 7 de agosto de 1876, en Leeuwarden.

Su padre fué comerciante muy conocido y su madre una bellísima mujer, muy rica.

Sólo 18 años tenía Mata-Hari cuando conoció al que había de ser su esposo. El capitán Mac Leod no era ningún mozalbete, pero lucía su uniforme

con garbo y elegancia, atrayendo las miradas de las jóvenes holandesas, Margarita Gertrudis le amaba perdidamente, y el 30 de marzo de 1895 se celebró la boda en Amsterdam.

No hubo felicidad. El marido, siempre rodeado de amigos libertinos y de mujeres fáciles, jugador empedernido, dispuesto en todo momento a jugarse lo que tenía y hasta lo que no tenía, acaba por arruinarse, y obliga a su mujer a pedir dinero a los amigos.

Trasladados a Java, el capitán manda un batallón de reserva, y la futura estrella de los *music-halls* europeos da a luz a su hija Juana Luisa. Allí ocurre la tragedia de su hijo Norman, al parecer envenenado por una sirvienta indígena.

El matrimonio va a vivir a Banjoe Biroa, cerca de Samarang. Ahora no es Mata-Hari la celosa; sino el marido. Pero ella asegura que los celos son infundados.

Al transcurrir los días, la vida se hace cada vez más odiosa para aquella mujer que se halla lejos de su patria,

sin apoyo, casi sin relaciones, esclava de los caprichos brutales de su marido.

«En Banjoe Biroe — escribe Mata-Hari con un laconismo escalofriante—, fué donde mi marido me dió latigazos por primera vez.»

Mata-Hari escribe a su padre. Las quejas se hacen tan frecuentes, que el señor Zelle denuncia los hechos a los tribunales de Java. Seguidamente, escribe a su querida Margarita, aconsejándole que procure tener testigos de los golpes y malos tratos, para poder pedir el divorcio.

Cuando sabe lo que se trama contra él, Mac Leod se enfurece. Ya no es con el látigo de montar, con lo que amenaza, sino con su revólver de reglamento. En una carta fechada el 3 de agosto de 1901 la desventurada esposa refiere una escena, en la cual su marido, después de escupirle salvajemente al rostro y de arrastrarla por los cabellos, la tiene largo rato ante su revólver montado. Al parecer, Mac Leod se había enamorado de otra mu-

jer y quería recobrar la libertad aunque fuera a costa de un asesinato.

Para colmo de desgracias, su hija contrae una horrible enfermedad de la piel que la cubre de manchas de ples a cabeza.

Los holandeses de la colonia, enterados de lo que sucede en el hogar de su compatriota, no le ocultan su desprecio. La existencia se hace imposible para el matrimonio, pues en Java todo el mundo se conoce. Y Mac Leod, que ya no está en servicio activo, decide regresar a Amsterdam.

Estamos en los últimos días de 1901. El divorcio se ha entablado. Pero marido y mujer, aunque odiándose, viven juntos en casa de su tía Frida.

Es sólo por unas semanas. Los escándalos que provocan las continuas borracheras del marido, les obligan a buscar un refugio más discreto en la calle de Van Breestrast, 188.

El 26 de agosto de 1902, Mac Leod, con el pretexto de echar una carta al correo, sale de casa en compañía

de la niña siempre enferma, y no vuelve más.

Mata-Hari, enloquecida, sin recursos, enferma, no sabiendo dónde buscar a su hija, se refugia en casa de su tía la baronesa de Landes, esposa del banquero Goedvrient, en Arnham. El procurador Philips, en nombre de la abandonada esposa, entabla demanda de divorcio. El Tribunal condena en el acto al marido a pasar una mensualidad a la esposa y a devolverle a su hija, para que ésta viva con la madre en casa de su pariente. La mensualidad fijada es tan sólo de 100 florines. Pero Mac Leod, que vive ya amancebado con otra muchacha, no los paga nunca.

Publica un aviso en los periódicos diciendo que no se hace responsable de las deudas de su esposa, porque ésta ha abandonado el domicilio conyugal sin la autorización del marido. Con el anuncio, logró lo que perseguía: las damas puritanas del barrio cerraron sus puertas a la infeliz Margarita. Y lo que es peor, su misma tía, la virtuosa baronesa de Landes, le

rogó que se marchase de su casa. La hija del rico negociante Zelle se encuentra en el arroyo, con su hija enferma y tres florines y medio.

¿Qué hace, durante todo este tiempo, el padre de la futura estrella? No le vemos aparecer en ninguno de los momentos difíciles en que su presencia hubiera sido necesaria. Pero de súbito hallamos a la abandonada Margarita en la casa paterna, en La Haya, preparándose para bailar en el teatro. Gracias a los consejos del padre, Mata-Hari debuta en octubre de 1903 en París.

Y Margarita Gertrudis, la atormentada esposa de Mac Leod, humilde heredera del señor Zelle, deja de ser la triste mujer desamparada para convertirse en la exótica Mata-Hari que había de enloquecer al mundo con sus danzas, antes de emocionarlo con su muerte y de preocuparle con el arcano de su leyenda.



\* \* \*

Hay en su alma algo de embriaguez por sus primeros triunfos. Le preocupa su porvenir, que ensombrece la figura del marido; éste la sigue, amargando su existencia. Por todas partes se le figura verle aparecer para reclamar sus derechos, ya que el divorcio pedido por ella no ha sido reconocido por los Tribunales de Amsterdam. En cambio, los jueces se lo concederán a Mac Leod cuando éste lo solicite tres años más tarde.

Pero ahora, al enterarse de que Margarita se dedica a la danza, Mac Leod, le escribe amenazándola con hacerla encerrar en un convento. Margarita se asusta, llora y pide consejo por telégrafo, acabando por regresar a su tierra, refugiándose en la casa de unos parientes de Nimegue.

En el triste y gris hogar provinciano, Margarita sufre de añoranza. La calle muda y cautelosa; el jardincillo

de tulipanes que se estremecen al soplo del viento; la niebla que misteriosamente todo lo envuelve; la perpetua vigilancia de las tías y las comadres, que saben vagamente, algo de su vida en París y de sus danzas... Siente pena, vergüenza, nostalgia...

Nostalgia sobre todo; pues le había bastado asomarse a la alegría parisiense para comprender que allí se vivían glorias y esperanzas en un cielo de libertad. Su inteligencia despejada le hacía comprender que, fuera de Holanda, su belleza exótica podía convertirla rápidamente en el ídolo del gran mundo... Los que ponderaban su hermosura incomparable no exageraban. Era alta y esbelta. Su cuello maravilloso y ambarino sostenía un rostro fascinante, de óvalo perfecto, en el que resaltaba cierta expresión sibilina y tentadora. Su boca estaba dibujada con vigor. Su nariz era recta y fina; y sus ojos magníficos, cercados de largas pestañas, tenían mucho de la India por su forma oblicua; su enigmática mirada se perdía en el infinito; sus cabellos, muy negros, muy

vaporosos, divididos en dos cenefas, enmarcaban el rostro; y su piel, muy pálida, tenía destellos áureos. Pero lo que pasmaban eran sus brazos: tenía los más bellos brazos que ojos humanos pudieron ver.

Los holandeses no apreciaban su atractivo tan poco europeo, tan raro. Tanto pudo la tristeza y desolación que experimentaba en la fantasmal Nimegue, que a pesar de las cartas de su marido — que le repite cada semana la amenaza de encerrarla «si vuelve a ensuciar su nombre en los escenarios»—, huye de nuevo a París en la primavera de 1905.

Poco después, debuta, no en un *music-hall* ni ante un público profano, sino en el Museo Guimet, templo de las religiones orientales, ante la sonrisa enigmática de un gran Buda de oro.



Mata-Hari, obedeciendo a un impulso íntimo, se hace pasar por danza-

rina sagrada de la India... Y entre las reliquias amontonadas por los sabios en el altar de Krishna, envuelta en transparentes velos color azafrán, celebra los ritos sagrados de la liturgia javanesa, recordando tal vez lo que había visto en Java o quizá lo que sólo había soñado.

A partir de ahora se aposenta en el Palace Hotel de la Avenida de los Campos Elíseos y tiene coche propio.



En el abandono de las fiestas, rodeada por el fervor de sus admiradores, Mata-Hari se complacía en evocar los recuerdos de su niñez. Su origen parecía habersele olvidado por completo. ¿Europea, ella?... ¿Hija de un rico mercader holandés?... ¡Qué disparate! Su historia era un cuento de «Las mil y una noches», en el que las imágenes más extrañas palpitaban al ritmo de músicas exóticas.

«Yo nací en el sur de la India — de

cia —, en las costas de Malabar, en la ciudad santa de Jaffuapatan, en el seno de una familia de la casta sagrada de los brahmanes. Mi padre, Suprachetty, era llamado Assirvadam, que significa «Bendición de Dios». Mi madre, bayadera del templo de Kanda Swamy, murió a los catorce años, el día de mi nacimiento. Los sacerdotes, después de incinerar sus restos, me adoptaron y me llamaron Mata-Hari, es decir, «Pupila de la Aurora». Luego, cuando pude dar un paso, me encerraron en el gran patio subterráneo de la pagoda de Siva, para enseñarme los santos ritos de la danza. De mis primeros años no quedan en mi memoria sino los recuerdos vagos de una existencia monótona, en la que, después de imitar automáticamente durante las largas horas matinales los movimientos de las bayaderas, pasaba las tardes en el jardín, trenzando guirnaldas de jazmines para adornar los altares del templo.

En realidad, Mata-Hari no había visto las danzas místicas del santuario de Siva más que en los libros. Pudo

estudiar y haber visto los bailes y danzas de las menudas javanesas de las poblaciones donde su marido sirvió en el ejército colonial holandés. Pero las figuritas de Java y Sumatra, tímidas, hieráticas e inmaculadas, no tienen, en apariencia, carne ni espíritu. Son repeticiones abstractas de los ritos ancestrales y se conservan como si no pasasen los siglos, transmitiéndose sus posturas, sus vestiduras, sus movimientos y sus sonrisas. Es poco probable que fueran las javanesitas de Bangoe Biroe o de Samarang las inspiradoras de Mata-Hari.

En su aristocrática familia, de pura cepa holandesa, no hubo jamás una gota de sangre exótica. Evidentemente, hemos de aceptar la idea de un aprendizaje puramente académico.

Sin embargo, ¿cómo era posible que una holandesa pudiera ser físicamente lo que era ella? Su figura constituía la más pura encarnación de la belleza asiática, cobriza, de grandes ojos de fuego y cabellos de azabache. A pesar de la fe de bautismo, es difícil convencernos de que no fuese Mata-

Hari una auténtica bayadera de la pagoda misteriosa de Kandah Swany.



Desde el principio de su carrera artística y galante, Mata-Hari tuvo el presentimiento de que su vida estaría señalada por trágicos acontecimientos. Aun en el cenit de la gloria, disfrutando de riquezas y teniendo a sus pies a los magnates de toda Europa, algo, en el fondo de su ser, se estremecía al menor choque.

Mata-Hari, que en sus peregrinaciones por el mundo hollaba alfombras de flores, sentía angustias vagas; oía inquieta voces misteriosas.

El carácter de Mata-H. era positivo y enérgico. Con todo, escribía a un amigo: «Protégeme contra tantas cosas que me hacen daño, que me quitan el sueño y las ganas de trabajar». Su exquisita sensibilidad adelantábase hasta el futuro.

Las funciones más selectas, los «gar-

den parties», conciertos y teatros, se disputaban el honor de su presencia. Cuando estaba en París, Viena la llamaba. Petrogrado y Madrid. Londres y Nueva York, Berlín, Buenos Aires y Barcelona, las grandes metrópolis se la disputaban y le rendían homenaje de admiración.

«Hija del Alba», «Ojo de la Mañana», vestal del templo de Kandah Swany, amada de los dioses y favorita del templo de Siva; ésta era Mata-Hari.

Entre los hombres preeminentes que la amaron, un Ministro de la Guerra en Rusia y el de Estado en Holanda, un banquero en España y un multimillonario en Norteamérica, un miembro del Gabinete en Australia, un Senador en Francia, un Duque y un Lord en Inglaterra; un famoso pintor y dos soberanos fueron otros tantos admiradores de la exótica mujer. Pero el preferido por Mata-Hari fué el Prefecto de la policía berlinesa.





En uno de sus viajes a Berlín, Margarita conquista la admiración del Kronprinz, que la lleva a presenciar unas maniobras militares en Silesia. Von Jagow, Ministro de Estado, se enamora de ella.

Una legión de admiradores recibía y despedía a Mata-Hari en las estaciones. No tenía predilección alguna en cuanto a nacionalidades. Se dejaba halagar por los hombres, fuesen de donde fuesen. Durante su proceso, declaró:

—No soy francesa. Tengo derecho a tener amigos en cualquier país, hasta en los que están en guerra con Francia. Siempre he sido neutral.

A medida que se estudia más de cerca la existencia, el carácter y las ideas de la desventurada danzarina, parece más inverosímil que estuviese pagada por el servicio de espionaje alemán. Su arte y su belleza, su belleza sobre todo, bastaron para asegu-

2 - MATA-HARI

rarle una situación envidiable, suntuosamente instalada en un palacete de los Campos Elíseos. Sería grotesco atribuir tales esplendores al oro de unos agentes. No podía prestar servicios una extranjera sin relaciones, sin arraigo en el país, apenas conocida como artista exótica. Hasta el día de su muerte, siempre mantuvo el mismo tren de vida, siempre se mostró generosa, siempre impuso sus caprichos más costosos. Es decir, ganó mucho dinero. Tal vez el orgullo la perdió; un orgullo pueril. ¿Por qué no pudo ser éste el móvil misterioso?

La artista creyó que los franceses no la estimaban en su justo valor. La reputación de la genial Isadora Duncan le hacía sombra. Los alemanes, en cambio, la adulaban y la veneraban como a una diosa. De ahí su gran afecto por los alemanes. Mata-Hari no fué orgullosa. Sus cartas demuestran que, como artista, tenía más vanidad que orgullo. No hay en sus cartas esa llama que hace delirar a Isadora Duncan cuando explica el secreto divino de su arte. Para Mata-Hari, el arte es un

medio de llamar la atención, de lucir el fascinante esplendor de su belleza, de seducir.



No es admisible que por unos miles de francos, Mata-Hari, a cuyos pies suspiraban banqueros y suplicaban Ministros, se prestara al espionaje en tiempo de guerra por más aventurera que fuera. Tampoco el prurito de satisfacer rencores artísticos fué un móvil suficiente; a la postre, ella era aplaudida en todas partes y no tenía por qué arriesgar la vida.

¿Cuál es el misterio? ¿El triunfo de la vanidad sobre el orgullo?... ¿Qué complicado, absurdo y ciego es, a veces, el corazón humano!

«No es Mata-Hari la responsable — se dijo — sino el egoísmo de los hombres que precipita a las mujeres en el abismo».

Fué, tal vez, víctima de su fama. Es posible que la sedujeran con halagos pueriles e irresistibles.

«Usted que es tan inteligente, que comprende la guerra con todos sus horrores...»

Y Mata-Hari, que en su endiosamiento se creía merecedora de todas las adulaciones, se dejó prender en las redes del espionaje.

«Estos seres desalmados — dijo el Fiscal en el proceso de Mata-Hari — que en la sombra preparan las matanzas y que se sirven de la belleza de una mujer para colaborar en la obra destructora de nuestros enemigos, no merecen otra cosa que la muerte y el desprecio; son criaturas diabólicas, nacidas para lo nefasto y sangriento».

Al oír tales palabras, probablemente la más asombrada fué la propia danzarina. Y es que en ella, como en muchos de los que hacían espionaje, había una especie de inconsciencia que no le permitía advertir el mal que hacía.

Para su curiosidad morbosa, sondear las almas de los héroes debió de ser para Mata-Hari un juego en el que su instinto de aventurera vanido-

sa se interesaba sin tener en cuenta las consecuencias de tales actos.

Le halagaba pensar que ella era la única que podía prestar ciertos servicios. Era grato, quizá, a su amor propio, el convencimiento de que, gracias al poder de su belleza, los hombres más temerarios caían de hinojos ante ella. Llenábale de orgullo la idea de que nadie podía descubrir sus intrigas. Es posible que su sorpresa, ante la realidad de sus crímenes, fuera inmensa. Bastará recordar las declaraciones de sus servidores.

«Era — decían — muy buena y generosa; sumamente caritativa y muy sensible a las desgracias ajenas». Y sus admiradores, a su vez, lo confirman. «Era una mujer llena de buenas cualidades: franca, noble, siempre pronta a la ternura y al afecto».

Durante el primer año de la Gran Guerra, no hay noticia de las actividades de Mata-Hari. En 1915 llega a Francia; un telegrama del Servicio Secreto Italiano la había precedido.

«Examinando lista de pasajeros de barco japonés en Nápoles, hemos reco-



nocido el nombre de una celebridad teatral: Mata-Hari, la famosa danzarina hindú, que pretende consagrar su vida a la difusión de sus bailes sagrados. Mata-Hari, renunciando a su país de origen hindú, pasa por berlinesa. Habla alemán, con ligero acento oriental.»

Copias de este mensaje fueron archivadas en los Cuarteles Generales del Contraespionaje de las Potencias aliadas. Y la divina Mata-Hari quedó marcada como peligrosa espía alemana.

Detectives franceses la siguieron noche y día; sin embargo, no pudieron sorprenderla ni acusarla de nada. Sólo se descubrió que ciertos agregados diplomáticos se prestaban galantemente a ocultar cartas de la espía en sus valijas diplomáticas.

Es lógico que las valijas diplomáticas de dichos agregados fuesen abiertas, y se examinaran las cartas. Eran inofensivas, y la Cámara Negra no logró descubrir ninguna clave secreta. No obstante, las cartas desempeñaron un gran papel en su proceso.

Había permanecido en París unos dos meses, vigilada continuamente por agentes del Servicio Secreto, cuando solicitó autorización para trasladarse a Vittel, con el propósito de cuidar y atender a un oficial amigo suyo, gravemente herido. Vittel era, a la sazón, centro importante de operaciones de la aviación militar francesa.

¿Fue una simple coincidencia?... Nada pudo probarse que la inculpase. Se le permitió trasladarse a Vittel, y allí, demostrando gran ternura y solicitud, cuidó a su amigo herido. Otros oficiales, fascinados por sus encantos, la colmaron de atenciones y agasajos, invitándola a dar paseos en automóvil por la campiña provinciana. Pero eso fue todo.

A su regreso a París, el capitán Ladoux del Servicio de Inteligencia Francés la hizo comparecer ante él.

—Recaen sobre usted fundadas sospechas — le dijo.

Expuso hechos incontrovertibles. Mata-Hari negó, indignada, las acusaciones que se le hacían. Dijo con altanería que el amor que sentía por

Francia y la causa aliada era demasiado profundo y leal para que ella la traicionase.

Mas Ladoux replicó, lacónicamente:  
—Tengo órdenes de deportarla.

De haber aceptado la deportación, Mata-Hari hubiera sobrevivido a la Gran Guerra. Pero surgió entonces una dramática decisión:

—Si ustedes aceptan mis servicios, yo me presto a ser espía francesa en contra de Alemania.

En aquel instante no podía prever las fatales consecuencias de su duplicidad.

El Servicio de Contraespionaje Francés simuló aceptar su ofrecimiento; pero los ojos del Servicio Secreto Aliado estaban fijos en ella, observando todos sus movimientos con la mayor atención.

El Servicio de Inteligencia envió a Bélgica a seis agentes, entre ellos a Mata-Hari y a otra mujer, la francesa Marthe Redoutte, bellísima rubia, acérrima defensora de su patria. La lealtad de Marthe a la patria había sido probada en numerosas ocasiones. Sus



dos hermanos habían perecido en la guerra: Henri, en Charleroi; Jules, en Verdun. Como alsaciana que era, hablaba correctamente el alemán, y como espía al servicio de Francia, desarrollaba sus actividades entre los oficiales germanos en Bruselas y Amberes.

Al partir Mata-Hari para Bélgica, le dieron el nombre de un agente, jefe de grupo. En el breve lapso de dos meses, los seis agentes fueron detenidos en Bélgica y fusilados por los alemanes. Todos, menos Mata-Hari. También un jefe de grupo fué fusilado a los pocos días de llegar Mata-Hari: el jefe de grupo cuyo nombre le dieron.

Los contraespías ingleses informaron que el jefe del grupo ejecutado había sido traicionado por una mujer.



Estos hechos no fueron conocidos hasta después de transcurrir varios meses. Entretanto, Mata-Hari había regresado de Bruselas. Se dispuso su

viaje a España. Su siguiente aventura encontró a Mata-Hari camino de España, vía Holanda e Inglaterra.

Al llegar a Londres fué interrogada por *Sir Basil Thompson*, Jefe del Servicio de Inteligencia Británico. Mata-Hari confesó, desde luego, ser espía al servicio de Francia, aliada de Inglaterra. *Sir Basil* le aconsejó que abandonase el espionaje y la mandó a España. El Servicio Secreto conocía las claves que utilizaban los alemanes en sus mensajes a Madrid.

Mata-Hari se instaló en el suntuoso Hotel Ritz. Los franceses confiaban en que, si la suerte les era propicia, Mata-Hari utilizaría esas claves, proporcionando ella misma las pruebas de su traición.

Ahora bien, de todas las naciones que mantuvieron su neutralidad durante la Gran Guerra, aparte de Suiza y Holanda, España constituía el más importante centro de actividades en lo referente al espionaje practicado por las Potencias beligerantes. Por lo mismo, Madrid era un hervidero de espías.

Mata-Hari seguía vigilada estrechamente por el Servicio Secreto Francés y se pudo comprobar que la espía se mantenía en contacto con las autoridades alemanas. Visitaba con frecuencia la residencia del agregado militar alemán, comía en los restaurantes y *clubs* más elegantes y cultivaba la amistad de oficiales de todas las nacionalidades; pero especialmente de los agregados naval y militar alemanes.

Los submarinos alemanes operaban en el Mediterráneo. Se sospechaba que Mata-Hari suministraba informes, dando como resultado el hundimiento de buques dedicados al transporte de tropas aliadas con destino a las operaciones en el Cercano Oriente: los Dardanelos, Marruecos, Egipto y Salónica. El poderoso acorazado «León Gambetta» había sido torpedeado por un submarino austríaco y murieron seiscientos cincuenta hombres. Este desastre fué imputado a la traición de Mata-Hari.

Al fin, Francia logró obtener pruebas fidedignas de su culpabilidad. Un

Diputación de Almería — Biblioteca. Mata Hari., p. 27

despacho procedente de Berlín para ser transmitido a Madrid fué captado por la estación receptora del Servicio Secreto Francés establecido en la Torre Eiffel. En este mensaje se daba la orden de pagar a «H.21» quince mil pesetas.

Los franceses sabían que «H.21» era el número con que el Servicio Secreto Alemán designaba a su espía Mata-Hari. Si ésta reclamaba el dinero, equivaldría a su sentencia de muerte. Se intensificó la vigilancia, y unos días después, Mata-Hari hizo acto de presencia en la Estación de Lyon, en París, para reclamar el precio de su traición. Allí quedó decidida su suerte.

La mañana del 13 de febrero de 1917, *Monsieur* Priolet, Comisionado de Policía de París, que tenía la misión de arrestar a todos los sospechosos, se encaminó al apartamento de Mata-Hari y solicitó una entrevista.

Mata-Hari le recibió con toda cortesía, pero se mostró sorprendida de que su visita no le fuese anunciada con anterioridad. Fué conducida al Palacio de Justicia, y después de un

interrogatorio preliminar, a la vieja prisión del Faboutg Saint-Denis, donde se la recluyó en una celda común.



Han transcurrido muchos años desde aquella mañana de otoño en que una Mata-Hari sonriente y desdeñosa fué llevada al foso del castillo de Vincennes, donde la esperaba el pelotón que había de ejecutarla. Pero lejos de confundirse con las innumerables sombras borrosas de los que fueron ajusticiados como vulgares espías durante la Gran Guerra, su figura cobra cada día más relieve. Se han discutido con calor las incidencias de su proceso y se han inventado leyendas que contribuyen a hacer más fantástica su vida.

No es fácil de explicar esta aureola si parangonamos a Mata-Hari con otras mujeres que fueron ajusticiadas por espionaje. Hermosas fueron también Otililia Moss, la Tichelly, Margarita Schmidt y otras que la precedie-

ron o siguieron en el camino del patíbulo. ¿Es por el heroísmo de que dió muestras en sus postreros instantes? Heroica como ella fue la Francillard... ¿Es por lo novelesco de sus amores y de sus intrigas mundanas? Más románticas, más patéticas si cabe, fueron las intrigas de su amiga Marussia Destrelles.

Nadie se acuerda de tantas desdichadas protagonistas de la tragedia judicial de la Gran Guerra. En cambio, Mata-Hari sigue interesando; Mata-Hari se convierte en un símbolo; Mata-Hari tiene su culto.

¿Por qué? Probablemente por el misterio que rodea su vida y su muerte.

«De su culpabilidad — dicen los que conocen los documentos del proceso — no cabe dudar; quedó bien demostrada».

Demostrada, tal vez. Pero no explicada. No acaba de aclararse el móvil de sus crímenes. Todo es vago, confuso, fantasmal, en torno del proceder de Mata-Hari. Y al decir esto, no nos referimos a las aventuras narradas

por un escritor, novelista o dramaturgo, sino a lo que se desprende del relato oficial de las audiencias del Consejo de Guerra. Este relato fué publicado en un volumen por el comandante Massard, que en 1917 ejercía las funciones de Jefe del Cuartel General de la Fortaleza de París.

He aquí las palabras que encabezan este documento:

«Recibir la orden de hacer fusilar a un hombre o a una mujer es siempre desagradable. La orden de fusilar a Mata-Hari no me emocionó. Yo había asistido a las audiencias secretas del Consejo de Guerra, y sabía por qué y de qué manera la danzarina hindú había sido condenada. Aquel Consejo de Guerra estaba presidido por el Coronel Sempron, antiguo Jefe de la Guardia Republicana. Defendió a la acusada el conocido abogado Clunet, y el Ministerio Fiscal, representado por el Teniente Morret, sostuvo la acusación en nombre de la República Francesa. Las audiencias se celebraron en la Sala de la Corte de Justicia, a puerta cerrada. Nadie podía penetrar en la Sala, y yo

era el único oficial autorizado para asistir a los debates. Los centinelas no dejaban acercarse a nadie a menos de diez pasos de las puertas, y ningún ruido podía turbar la majestuosa calma de aquel Tribunal tan terrible en apariencia y tan imparcial y frío en el fondo.»

Luego agrega:

«Antes de comenzar nuestro relato, debo advertir que callaremos los nombres de algunos franceses — ciertamente muy buenos franceses —, que estuvieron mezclados en la vida de la danzarina. La verdad, no obstante las reticencias, aparecerá desnuda.»

Más que desnuda, aparece descarnada.

Como buen soldado, el comandante sólo da importancia a los hechos materiales; desdeña los matices psicológicos que tienen un interés inmenso cuando se trata de sondear las almas.

Consecuente con su teoría, la vida artística de Mata-Hari, sus fantasías de danzarina sagrada, su origen y mentalidad, sus aventuras amorosas, no son para él datos dignos de estudio.



Los móviles que pudieron determinar el crimen no le preocupan.

«Puesto que esta mujer recibió dinero del enemigo — dice a cada instante —, no hay que buscar en otro terreno los motivos de su culpa.»

Tal como él la vió en el banquillo, así quiere mostrárnosla. No puede ocultar su desprecio y odio contra la que, para él, sólo era una criminal, incapaz del menor impulso noble. Sin embargo, incluso en su relato hay páginas que demuestran que no nos engañaron los que atribuyeron a la ballarina sentimientos de piedad y generosidad.

«Se encontraron en casa de Mata-Hari — dice Massard — muchas cartas de oficiales, de aviadores y de personas notables de París. Una de esas cartas estaba escrita por un Ministro de la Guerra y contenía párrafos muy íntimos. Cuando el Presidente del Consejo de Guerra ordenó leer la carta — lo creía necesario para que los jueces conocieran sus términos y pudiesen dictaminar con mejor conocimien-

to de causa —, Mata-Hari, irguiéndose dignamente, suplicó que no siguiera.

—Tengo que leerla — dijo el coronel Sempron.

—Entonces le suplico que, al menos, calle el nombre — rogó la espía.

—¿Por qué? — preguntó Sempron.

—Porque el autor de esta carta tiene esposa y familia. ¡Por nada del mundo quisiera ser causa de la desgracia de un hogar!

El coronel, emocionado, tuvo un momento de duda ante aquella súplica tan humilde y sincera. Massard, en cambio, sonríe irónicamente y sigue con su relato.



El relato de Massard es de una frialdad terrible.

El Presidente abrió el juicio con el siguiente cargo:

—El día que se declaró la guerra, usted, acusada, almorzaba con el Prefecto de Policía de Berlín y después

paseó con él en automóvil en medio de la multitud que aplaudía y gritaba de entusiasmo.

—Es cierto —contestó Mata-Hari—. Conocí al Prefecto en un *music-hall* donde yo bailaba, y cultivé su amistad como la de un caballero apasionado y galante.

—Un poco más tarde, el Prefecto le encomendó a usted una misión confidencial y le entregó 30.000 marcos oro.

—Eso también es verdad. Me dió 30.000 marcos, pero no por la razón que se me imputa. El era mi amigo.

—Lo sabemos. Sin embargo, 30.000 marcos oro, ¿no son muchos marcos para un simple obsequio...?

—No, tratándose de mí — contestó Mata-Hari con altanero orgullo.

—De Berlín vino usted a París, pasando por Holanda, Bélgica e Inglaterra. ¿Qué se proponía hacer en París?

—La única razón del viaje fué vigilar el traslado de los muebles de mi villa de Neuilly; quería mudarme.

—Inmediatamente después, perma-

neció usted siete meses muy cerca del frente.

—Sí, señor, en Vittel; ejercí de enfermera. Me dediqué a cuidar y atender a un oficial ruso amigo mío, el capitán Marrow, que estaba ciego. Tenía el propósito de rehacer mi vida junto al lecho del enfermo a quien amaba.

En efecto, demostró una ternura ejemplar en sus relaciones con el desventurado Marrow. Lo cuidaba con inefable ternura y le daba dinero. ¿Capricho momentáneo? No, porque Mata-Hari jamás dejó de escribirle, ni en la cárcel, ni al borde mismo de la tumba. Antes de abandonar su calabozo de San Lázaro, en los instantes supremos en que el pelotón la esperaba en los fosos de Vincennes, lo único que solicitó fueron unos minutos para dirigir un postrer adiós al ser amado.



volvamos al interrogatorio.

En Vittel, como en otros lugares,

se vió a Mata-Hari siempre en compañía de numerosos oficiales. Un registro en su residencia descubrió innumerable cartas: muchas de hombres del gran mundo parisino, pero muchísimas más de oficiales de aviación.

La Corte hizo hincapié en este dato, pero ella contestó:

—Los hombres que no pertenecían al Ejército no me interesaban. Mi esposo fué capitán. A mis ojos, el militar es un ser superior, un hombre siempre pronto para cualquier aventura, que jamás se acobarda ante el peligro... — Hizo una pausa y añadió —: Cuando yo amé, fué siempre un soldado el objeto de mi cariño; y no me importaba su nacionalidad.

El residente del Consejo de Guerra parece estar convencido de esta predilección de Mata-Hari, cuando dice:

—En efecto, desde que llegó usted a Francia, no se la vió sino en compañía de militares. Los aviadores, especialmente, parecen haber inspirado a usted un afecto extraordinario. ¿Cómo se las amañó para lograr de nuestros

oficiales aviadores los secretos que guardaban...? No puede usted negar haber comunicado al enemigo los lugares en que nuestras tropas habían de ser transportadas y los objetivos que debían ser bombardeados. Confidencias que ocasionaron desastres y la muerte de infinidad de nuestros soldados.

—No niego — contestó ella — que mientras estuve en la Cruz Roja, continué sosteniendo correspondencia con el Jefe del Servicio Secreto Alemán, residente en Holanda. Mis cartas, sin embargo, no tenían ninguna relación con la guerra. Por mi conducto, él no recibió jamás información ni confidencias.

Mata-Hari no se desconcierta. Su serenidad asombra. No hay en su voz el más ligero temblor, ni en su rostro la más leve palidez. Muy erguida, casi rígida, escucha las acusaciones del fiscal; el tono con que éste le pregunta parece ofenderla, y el escepticismo de sus jueces la irrita.

Ante su impassibilidad uno se pregunta: ¿Era inocente? ¿Tenía con-

ciencia de lo que estaba pasando o le iba a suceder...? Las sonrisas desdeñosas con que escuchaba algunos pasajes de la requisitoria, la altivez con que interrumpe al Fiscal, la coquetería con que arregla los pliegues de su falda al sentarse en el banquillo irritan al comandante Massard y predisponen contra ella a los miembros del Consejo de Guerra.

A consecuencia de haberse visto siempre adulada y aplaudida, tal vez creíase un ser superior. Tal vez, todo ello, fuese como una especie de segunda naturaleza formada al calor de los halagos sociales. ¿Acaso tenía absoluta confianza en que no podía pasarle nada? ¿Pensaba, quizá, que sus poderosos protectores y los que estaban comprometidos en el proceso la salvarían?

—Muy alta — dice el comandante Massard —, esbelta, de rostro afflado, tiene a veces un aire desdeñoso e ingrato, a pesar de sus bellos ojos y de sus finos rasgos. Con su traje azul des-cotado en punta, con su tricornio tocado gentilmente a lo militar, no ca-

rece de distinción. En cambio, le falta gracia, lo que sorprende en una bailarina. Lo que más impresiona es su carácter resuelto y su voluntad inquebrantable, que demuestra a cada instante.



Continúa el interrogatorio.

—Si ignorábamos el contenido de sus cartas, por lo menos sabíamos a quién las escribía — dice el coronel Sempron.

Mata-Hari comprende que es preciso confesar lo que es evidentísimo, para poder negar lo más grave. En un alarde de cinismo proclama sus amores interesados.

—Pero hay algo extraño — replica el coronel Sempron —. Seduce a oficiales y políticos, en vez de conquistar banqueros y millonarios.

Ella sonríe, repitiendo su eterno estribillo:



—Los militares están por encima del resto de los mortales...

¿Explicación de su conducta en los diferentes países donde se la había visto en compañía de militares? ¿Intento de halagar a los jueces militares?

—Usted presencié unas maniobras militares en Silesia, invitada por el Konprinz, ¿no es verdad?

—Sí.

—También presencié unas maniobras en Italia y otras en Francia. ¿Con qué objeto...?

Mata-Hari calla, pero llega un momento en que grita, con los ojos llameantes:

—¡Cortesana, sí; pero traidora, nunca!

Imperturbable, el Presidente prosigue:

—En París, creyéndose usted vigilada, sintiéndose perdida, ¿tuvo la idea de ofrecer sus servicios al Jefe del Servicio del Espionaje Francés?

Mata-Hari calla. Comprende que su defensa depende de la respuesta. ¿Cómo explicar su arrogancia de artista ofendida, si había sido capaz de

ofrecerse como espía? Porque una francesa, sí podría establecer una diferencia entre el servicio prestado a la patria y el prestado al enemigo; pero Mata-Hari no es francesa. No es ni siquiera una extranjera de las que, viviendo en París, se afrancesan hasta el punto de considerar a Francia como su segunda patria.

Mata-Hari era la perfecta cosmopolita que no siente odios ni preferencias; lo mismo le da estar en Viena y en Berlín, que en París, Roma, Madrid o Barcelona. Ha proclamado su espíritu neutral y su entusiasmo por todos los uniformes militares, sin diferencia de países.

—¿Cómo pensaba ser útil a Francia? — pregunta el coronel.

Haciendo un esfuerzo, Mata-Hari contesta:

—En aquellos momentos no tenía dinero; por eso me ofrecí a ser útil a este país.

Mata-Hari confiesa, pues, haber sido espía. Desde ese terrible momento, la duda es imposible.

—¿De qué manera pensaba ser útil a Francia? — pregunta de nuevo el coronel Sempron.

—Usando de mis relaciones en provecho de Francia. Expliqué al Jefe del segundo Bureau los puntos exactos, en Marruecos, donde los submarinos alemanes habían desembarcado armas. Estos informes resultaron muy provechosos para él.

—Muy provechosos, en efecto — murmura el Fiscal Mornay con sorda ironía —. Sólo que estos informes no hubiera usted podido obtenerlos de no estar en constante comunicación con Alemania.

Desconcertada, Mata-Hari trata de explicar lo inexplicable; para ello inventa un cuento bastante confuso acerca de las confidencias que recibiera durante una comida diplomática.

—¡Después de todo, yo no soy francesa! ¡No tengo ningún deber de conciencia con este país!... Sólo soy una desventurada mujer a quien ustedes tratan de perder haciéndole confesar faltas que no ha cometido...

Con voz aguda, llena de indignación, extiende los brazos hacia el Fiscal, gritando:

— ¡Ese hombre es un malvado!

— Cállese — le dice el Presidente — y permítame que siga hablándole de lo que pasó en aquellos momentos en que usted se ofreció, espontáneamente, al Servicio del Espionaje Francés. Cuando el capitán Ladoux le preguntó qué podía hacer, usted se ofreció, en calidad de holandesa, para ir a Bélgica a comunicar ciertos datos a los agentes que allí teníamos nosotros. El capitán le entregó un papel dirigido a uno de esos agentes, precisamente un jefe de grupo, y usted embarcó con rumbo a Inglaterra. De allí debía pasar a Holanda, y luego a Bélgica. No fué usted ni a Bélgica ni a Holanda, sino a España. Pero el papel que se le había confiado no dejó usted de aprovecharlo. ¿Recuerda usted de qué se trata?

Mata-Hari calla. El Presidente insiste:

— ¿Recuerda? Haga usted memoria.

—No — dice ella, al fin, con voz sorda —. No lo recuerdo.

—Yo se lo recordaré: tres semanas después de marcharse usted de París, nuestro agente, cuyo nombre constaba en el papel que se le entregó a usted, fué fusilado en Bruselas por los alemanes...

Los balbuceos y sobresaltos de Mata-Hari, sus silencios y confusiones la delatan.

Sin duda por miedo, sintiéndose en peligro por las sospechas que inspiraba a la policía francesa, se había refugiado en el Segundo Bureau como única tabla de salvación. Pidió una misión que le permitiera salir de Francia. Después de pasar unos días en Londres, apareció en Madrid. ¿Qué hacía allí? ¿Cómo explicar que, al cabo de unos días, regresara a París? ¿Acaso creía fácil explicar el fusilamiento del 30 agente cuyo nombre sólo ella conocía?



El cónsul de Holanda en Niza, que durante los últimos meses de la guerra tuvo a su cargo un servicio importante en la Legación de su país en Madrid, escribe:

«La conocí en Madrid. Me escribió, diciéndome que deseaba mi consejo. Fui a verla al Ritz. Se trataba simplemente de conseguir que el Banco de París mandara a Madrid el dinero que ella pretendía poseer en Francia. Le aconsejé que escribiera al Banco y que, caso de surgir dificultades, yo pediría la mediación de mi jefe, el Ministro de los Países Bajos. No me volvió a hablar del asunto ni pidió la intervención de la Legación.

»Mata-Hari estuvo en Barcelona algún tiempo, regresando luego a Madrid. Según me dijo un catalán, en Barcelona la llamaban «el hombre de negocios». Mata-Hari tenía que volver a París y me pidió una recomendación.

para las autoridades francesas; sentía gran inquietud ante la idea de tener que afrontarlas. Yo le contesté que mi jefe era el único que podía hacerlo. Y añadí que, teniendo la conciencia tranquila, no debía temer nada, que, además, podía telegrafiar a la Legación en caso de que surgiera cualquier dificultad. Insistí en que quienquiera no tuviese la conciencia tranquila, haría mejor en no arriesgarse a pasar la frontera. Ella se mostró indignada y zaherida por mi amonestación.

»Sin embargo, se fué a Francia. Luego supe que, después de haber sido vigilada de cerca, la había detenido la policía. El Agregado militar francés me dijo en San Sebastián que Mata-Hari había costado más de una división a su ejército. En la Legación de Holanda en París me han dicho que durante su proceso, Mata-Hari no pidió jamás protección a las autoridades de mi país...»

Este documento entenebrece más el asunto. ¿Cómo explicar que una mujer inteligente, en sus cabales, se meta en la boca del lobo cuando hasta los

representantes oficiales de su patria le indican las sospechas que pesan sobre ella?

No escuchó los consejos y corrió, no sabemos si con más candor que audacia, hacia el peligro. Confiaba, acaso, en la importancia de algunos de sus adoradores...



—En el Hotel Ritz de Madrid — le dice el Presidente del Consejo de Guerra — vivía usted en una habitación contigua a la del jefe del Espionaje alemán en España.

—Cierto.

—Aquel agente la visitaba a menudo.

—Cierto...

—¿Recibió joyas de ese hombre?

—Sí... Era mi amigo...

—Muy bien. Cuando usted se hallaba ya en París, su amigo telegrafió a su colega de Amsterdam, diciéndole que le enviara aquí, por medio de la



Legación de un país neutral, la suma de 15.000 pesetas.

—No lo niego. El funcionario alemán prefirió hacerme un regalo con el dinero de su Gobierno, y por eso pidió al Jefe del Espionaje alemán que me remitiera esa suma.

—¿No nos había dicho usted que también el Jefe de Espionaje alemán en Holanda era amigo suyo?

—Desde luego, lo era.

Mata-Hari cambia de actitud bruscamente. Después de erguirse, mirando con aire de reto a los jueces, parece a punto de desmayarse. Su defensor la mira abatido, como suplicándole tenga entereza. Ella le contesta con miradas de desprecio.

Para los gendarmes que la custodían, en cambio, no tiene sino palabras y guiños tentadores.

—Todo, en ella — dice el relator del proceso —, es un arcano.

El misterio envuelve la vida de Mata-Hari; gestos, afectos y palabras. Sus amigos aseguran que hablaba perfectamente cuatro ó cinco idiomas. Sin

embargo, en ninguno se expresaba de un modo claro.

El pintor Namur, que la trató largos años, asegura que jamás conoció a otra mujer tan melancólica y triste como Mata-Hari:

«Lo que le desconcertaba de esta mujer mimada, dotada de talento, gracia, belleza y celebridad, era su íntima e inexplicable tristeza. Permanecía horas enteras en una butaca, callada, soñando íntimamente. Jamás la vi sonreír. Era supersticiosa. Un día, al desnudarse, se le cayó un brazalete de jade. Púsose pálida y gritó: «¡Esto me anuncia una desgracia, una gran desgracia; ya lo verá usted! ¡Guárdese ese brazalete; no quiero volverlo a ver!» Y así era en todo.»



**Cuando se anuncia que los testigos — amigos suyos la mayoría — van a comparecer ante la Sala, Mata-Hari no oculta su satisfacción. Acaricia sus**

labios con su barrita de carmín. Una flor, símbolo de la presencia de un adorador, alegra la severidad de su traje azul. Y toma uno de los bombones que su abogado le ofrece.

El Fiscal, a quien antes ha visto como inquisidor, se le antoja ahora un amigo. Sin duda una esperanza la anima.

—Que se presente el primer testigo de la defensa — ordena el coronel, y da su nombre.

Un caballero de aspecto distinguido se adelanta hasta la Presidencia del Jurado.

—¿Por qué lo citó usted? — interroga el Fiscal a Mata-Hari

Esta, con suave tranquilidad y muy risueña, contesta:

—Este caballero, como usted sabe, es un alto dignatario de su Gobierno, señor Fiscal. Está al corriente de lo que se discute en los Consejos de Ministros, y sabe también lo que se prepara en el campo de batalla. Lo encontré un día en Madrid. Era un viejo amigo, y me alegré de verle. Pregúntele usted, señor Fiscal, si en

nuestras frecuentes charlas le hice jamás una pregunta sobre la guerra...

El testigo, que a la sazón era Embajador de Francia en un país aliado, contestó con voz velada por la emoción:

—Jamás, jamás.

—Imposible — exclama el Fiscal —. Dos personas, en tales circunstancias, no están tres días juntos sin hablar de lo que a todos nos obsesiona.

—Será inverosímil — replicó el testigo —, pero es así. Hablábamos de arte, de arte oriental...

El Fiscal replica:

—Tal vez..., porque la acusada es lo bastante astuta para comprender que a un diplomático no se le sonsaca como a un incauto y joven oficial... Pero se sirve de la influencia del personaje que la distingue con su amistad y afecto. Se ha dicho que algunas de las notas enviadas por Mata-Hari a sus amigos de Madrid y Amsterdam, destinadas a ser leídas por el enemigo, están escritas en papel del Ministerio de Negocios Extranjeros...

El testigo, lívido, calla. La hipótesis

del Fiscal le parece, sin duda, plausible. Pero cuando le preguntan si tiene más que decir, repite:

—Jamás nada me hizo dudar de la buena opinión que tenía de esta dama.

Y, después de saludar a Mata-Hari, retiróse con la misma gravedad con que entrara unos minutos antes.

\* \* \*

Otro de los testigos era un exministro de la Guerra. Pero como se hallaba en el frente, no acudió. Este personaje había declarado al juez instructor del proceso, que nunca Mata-Hari le había hablado de la guerra y que jamás le había preguntado nada sospechoso.

—Entonces — pregunta el Fiscal a Mata-Hari —, ¿quién le puso al corriente de los preparativos de la ofensiva de 1916?

—Nadie.

—¿Niega haber conocido estos preparativos?

—Confieso que, estando en el frente, cuando cuidaba al capitán Marrow, tuve noticias de que se preparaba una gran ofensiva. Lo supe por oficiales amigos. Pero observe, señor Fiscal, que, aunque hubiese querido comunicar tales noticias a los alemanes, no me habría sido posible.

—Usted escribía al Jefe del Espionaje Alemán en Holanda. Lo sabemos. Y sabemos también que sus cartas estaban firmadas «H. 21».

—No, no es cierto -- negó rotundamente ella.

—Es cierto. Lo prueba el telegrama del Agente de Madrid, pidiendo 15.000 marcos oro para usted; decía que se enviara dicha suma a la orden de «H. 21».

Mata-Hari, cuando el interrogatorio la desconcertaba, callaba. Y ahora calla y se agita.



El informe de la defensa no ha sido publicado jamás. El ilustre jurisconsulto, antiguo y ferviente enamorado de Mata-Hari, habló con calor, fe y convicción. Además de los argumentos sugeridos por la propia acusada, que se decía a sí mismo «cortesana», pero jamás «espía» contra Francia, esgrime con elocuencia un estudio psicológico muy sutil sobre el alma enigmática de su defendida.

«Todos esos ímpetus tumultuosos ahogan su vida interior en un abismo caótico. Es imposible depositar una confianza absoluta en una naturaleza tan versátil y trepidante, siempre gí-tada, siempre dispuesta a tomar de-terminaciones extremas. El freno de las ideas no es suficiente para contener estos temperamentos que se desbocan, que no miden los obstáculos, que se entregan ciegamente. Nada perturba a Mata-Hari en e. curso de

sus pasiones. Y, sin embargo, en medio de tamaño desvarío, parece siempre dueña de sí misma. Su inteligencia es indudable: no hay en ella nada de vulgar. Sus gestos son exquisitos y nobles: comprende las ideas y siente la belleza y el arte. Es seductora por instinto, por necesidad, por impulso. Es compleja como ninguna. Siendo francamente sincera, se complace en decir mentiras a sus amigos. El mentir es en ella un caso patológico. Su tesón es morboso y la fuerza de su vehemencia tal, que ella misma se asusta al notarla.»

Con razones psicológicas de esta índole, el defensor quiere hacer comprender que no se puede juzgar como a un soldado a una mujer de tal carácter. Lo que en un ser normal sería indicio de culpa, en ella es tan sólo el reflejo de sus fantasías.

Pero el ilustre defensor no logra convencer a los jueces.

Mata-Hari debe de presentirlo. Terminada la defensa, se levanta para hacer una declaración suprema, proclamando una vez más su inocencia.



—Recuerden que no soy francesa y que me reservo el derecho de cultivar aquellas amistades que son de mi agrado. La guerra no es suficiente razón para que yo deje de ser una cortesana. Soy neutral, y mis simpatías están con Francia. Si esto no les satisface, es cuanto puedo alegar en defensa propia...

\* \* \*

La Audiencia se suspende. Después de diez minutos de deliberación, los jueces comparten el mismo criterio: el de culpabilidad. El Presidente ha preguntado a cada uno de sus compañeros:

—¿En vuestra alma y conciencia estáis convencidos de que esta mujer es culpable de haber facilitado al enemigo datos y documentos que causaron la muerte de muchos de nuestros soldados?

Sin vacilar, uno tras otro, ecuanímenes y tranquilos, aquellos militares responden:

—Sí.

Firmada la sentencia, uno de los jueces exclama:

—¡Es horrible tener que condenar a muerte en plena juventud a una criatura tan seductora y de tan asombrosa inteligencia...! Pero sus intrigas han sido causa de desastres tan enormes, que yo la haría fusilar doce veces si fuera posible

El coronel Sempron, pálido, ordena al relator que comunique la sentencia a Mata-Hari. Y la escena patética se desarrolla ante la guardia, que presenta armas:

—En nombre del pueblo francés...

Mata-Hari no se desmaya. Tampoco protesta, ni grita de nuevo su inocencia... Por las mejillas lívidas de su defensor, ruedan dos grandes lágrimas. Ella, en cambio sonríe silenciosa, y tranquila, casi indiferente, como si se tratara de algo tan insignificante que no mereciera el menor comentario.

\* \* \*

Fué condenada el 24 de julio de 1917... Tuvo mucho tiempo para prepararse para el fin, pues la sentencia no fué ejecutada hasta la madrugada del 13 de octubre.

Son tan expresivas y llenas de cálida comprensión las palabras del doctor Bralezm, que no podemos resistir la tentación de transcribir lo que él cuenta, como el mejor epílogo de esta biografía.

«Cuando aquella madrugada penetramos en la celda número 12 para despertarla, anunciándole que su última hora había sonado, estoy seguro de que hubiésemos logrado hacerla bailar sin dificultad... En madrugadas como esa, ¿qué no habrán visto los guardianes de la prisión...? Reos tranquilos, temerarios o fanfarrones, anonadados los más, caminan hacia el patíbulo... Los carceleros han visto sonrisas de muchas clases. La-

bios que tiemblan de miedo y horror, y labios que palpitan murmurando dulces preces. Lo que aquella mañana de otoño vieron, y probablemente no volverán a ver nunca más, fué una mujer alegre, traviesa, infantil que reía. He oído contar la escena. El defensor se había apartado del grupo, que formaban los magistrados, para hablar en secreto con la prisionera. De pronto estalló una risa sonora, inverosímil. «¿Está loca?» — comentó alguien. Para demostrarle que se equivocaba, Mata-Hari, envuelta en un peinador, acercóse al que la había juzgado loca y exclamó: «¿Sabe lo que me aconseja el bueno de Clunet?... Pues que, para acogirme al artículo 27 de la ley, declare que me hallo en estado interesante.» Y de nuevo se reía, de buena gana. Luego mirando a los militares y guardianes, que no se movían del calabozo, murmuró señalándoles la puerta: «Señores, ¿me permiten que me vista...?» Yo iba a retirarme dejándola con la religiosa y con sus compañeros, pero ella me retuvo di-

ciendo que los médicos tenían derecho a estar presentes. «Ya vieron ustedes — dijo—. Sin duda esos señores temían verme llorar o gritar, y me aconsejaron, al despertarme, que me mostrara valiente... ¡Lo bien que yo dormía! Otro día no les hubiera perdonado que me despertasen tan de mañana... ¿Por qué esta costumbre de ajusticiar de madrugada? En la India, no es así. Allí la muerte es una ceremonia que se celebra en pleno día, ante las multitudes coronadas de jazmines. Me gustaría ir a Vincennes a las tres de la tarde, después de un buen almuerzo... Pero, en fin... Ya que no hay almuerzo, querido doctor, ¿qué podría yo tomar?»

»Le aconsejé un ponche. Mata-Hari me preguntó: «¿Qué tiempo hace?» «Un tiempo magnífico». «En ese caso — exclamó volviéndose hacia la religiosa—, no es necesario que me dé usted mi abrigo claro, el gris, el que traje al llegar...»

»Sorbía su ponche sin prisa. En aquel momento el comandante gritó: «Hay que apresurarse.» Mata-Hari

sonrió. «Ahora pueden entrar, si quieren, puesto que ya estoy vestida.» Después de peinarse, se empolvó el rostro y el pecho.

»Abrió, y cuatro o cinco personas, entre las cuales se hallaba mi jefe, el doctor Brizard, entraron en el calabozo. El representante de la Justicia le preguntó: «¿Tiene alguna declaración que hacer?» «Ninguna — contestó ella—. Ya he dicho que soy inocente... Y aunque tuviera algo que decir, no lo diría.» El juez agregó: «¿Tiene algún deseo que expresar, antes de morir?» Sin ocultar su emoción, la infeliz contestó: «Lo único que llena mi alma en estos momentos es el recuerdo de mi hija... Y la imagen del hombre a quien amo... Por verles un segundo daría una nueva vida. Pero ya que no puedo, quisiera escribirles...»

»Arreglándose el sombrero y saliendo al pasillo, dijo: «Cuando ustedes gusten, señores.» Al llegar al despacho del director de la cárcel, Mata-Hari pidió una pluma y con mano firme, prueba de su entereza, ante los

funcionarios y los militares que la rodeaban, trazó un cálido y emocionado adiós a los seres queridos, a su hija y al capitán Marrow...

»Al entregar las cartas a su defensor, le suplicó, irónica, que no las confundiera, enviando a su hija la carta destinada al capitán.

»Con paso firme dirigióse a la puerta donde la esperaba el coche celular. Yo no fuí con ella, sino con Brizard y otro funcionario en un coche de alquiler. A Mata-Hari la acompañaban Clunet, la monja y un comandante. Nuestro vehículo, menos rápido, llegó a Vincennes cuando ya la sentencia había sido leída ante la condenada. La consigna del capitán Bouchardon era severísima. Nadie, ni el defensor, ni el sacerdote, ni los médicos, podían acercarse al lugar de la ejecución, a menos que fuesen llamados.

»A cien pasos, detrás de la valla de dragones que formaban el cuadro, vi a Mata-Hari adelantarse al poste, firme y orgullosa, y dejarse atar por la cintura.

»Con un nuevo gesto de valentía,

muy serena rechazó la venda que querían ponerle en los ojos. La vi agitar su pañuelo diciendo adiós, y creí que aquel gesto supremo se dirigía a mí.»

Sus últimas palabras fueron:

—No es el público a que estoy acostumbrada. Pero haré lo posible para que el último espectáculo sea el mejor.

Y así fué...

La monja y el sacerdote rezaban aún, al retirarse, por el alma de Mata-Hari, danzarina sagrada, cortesana, idolatrada y espía.

Cayó bajo el piquete de ejecución a la orden del comandante Massard.

Doce balas atravesaron su maravilloso cuerpo, que su propia sangre cubrió de floridas rosas.

**F I N**